

LAURA SANZ

→ DE LA ←



ALA

De la A a la Z

Laura Sanz

The logo for Matchstories, featuring a stylized heart symbol followed by the word "matchstories" in a lowercase, sans-serif font.

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Laura Sanz, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: enero de 2023

ISBN: 978-84-08-26641-9

Depósito legal: B. 8-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1



Dos meses después
Abigail

Volvió a darle al *play* y se arrebujó en la pequeña manta de la Sirenita que le había regalado su hermana por su cumpleaños. Era una locura porque era mayo y la temperatura exterior alcanzaba los veintiséis grados, pero debajo de aquella manta se sentía protegida y confortada.

Un sollozo volvió a emerger de su garganta cuando la imagen en la televisión mostró la escena que daba comienzo a la película. Esa escena que se había grabado en un aeropuerto frente a la puerta de la terminal de llegadas, donde todo el mundo abrazaba a todo el mundo: madres, padres, novios, amantes, hermanos, amigos, hijos...

Todos ellos llenos de amor, amor del bueno.

Y, mientras tanto, de fondo, se oía la voz de Hugh Grant diciendo que el amor estaba en todas partes.

Su llanto se intensificó cuando las palabras en blanco y rojo aparecieron escritas en la pantalla: «*Love actually is all around*».

«¡Para mí no!», gritó calladamente su cerebro.

Ya había visto la película tres veces desde que se había levantado esa mañana. Y ese día no era una excepción. La veía todos los días. Estaba obsesionada. Cuanto más la veía, más lloraba. Y era un llanto de esos vergonzosos y estruendosos con mocos saliendo de la nariz y lágrimas brotando en cantidad. Un llanto de esos que convertían el rostro en una

masa informe y la nariz en un tubérculo enrojecido, de esos que hinchaban los ojos hasta que apenas era posible abrirlos.

Sí. Exacto. Un llanto de esos.

Abi extendió la mano y, sin sacar la cabeza de la manta, tanteó la mesa hasta encontrar la tarrina de medio kilo de helado de vainilla. Estaba vacía y, al darse cuenta de ello, rompió a llorar más fuerte.

¡Necesitaba más helado! Mucho más para poder sobrellevar el fin de semana sin desmoronarse.

«¿A quién pretendes engañar, tonta? Ya te has desmoronado del todo. Eres una criatura patética.»

Su móvil comenzó a sonar de nuevo. Bajó un poco la manta y echó un vistazo a la pantalla. El nombre de Mar aparecía en ella. Lo dejó sonar mientras se encogía, sintiéndose culpable. Mar era una de sus mejores amigas y llevaba días tratando de hablar con ella, pero Abi la había ignorado. No se sentía lo suficientemente fuerte para encararsele.

Lo único que quería era que el mundo entero la dejara en paz y morirle un poco.

Volvió a taparse la cabeza con la manta y solo dejó un pequeño hueco a través del cual podía ver la televisión.

Habían pasado dos meses desde que había encontrado a Nico en la cama con aquella cría, y desde ese día toda su vida se había convertido en un desastre.

Punto uno. Había tenido que dejar el piso que compartía con él y buscar otro más pequeño cuyo alquiler pudiese pagar ella sola. Ahora vivía en un cuchitril destartado.

Punto dos. Había perdido su trabajo en la multinacional de ingeniería industrial donde trabajaba como secretaria de dirección —aunque quizá eso no hubiera sido solo culpa de Nico, sino de un recorte de personal—, y ahora estaba desempleada.

Punto tres. ¡Había engordado algunos kilos!

Su vida era un horror.

Se sorbió los mocos con fuerza y subió el volumen de la tele al darse cuenta de que la película había avanzado hasta la escena de la boda de Keira Knightley. La canción *All You Need Is Love* resonó potente en el silencio del apartamento. El corazón de Abi se encogió porque la siguiente

escena era esa en la que Colin Firth pillaba a su mujer con su propio hermano en la cama, más o menos. Le dio a la pausa y se quedó mirando la cara que ponía Colin al enterarse de sus cuernos.

Estaba tan sorprendido, el pobre, pero tan digno...

Ojalá ella hubiera reaccionado con tanta grandeza como él, pero no... Ella le había arrojado una tarta de chocolate a la cara a la niñata esa de curvas espectaculares y luego había incendiado su tanga diminuto.

¡Se sentía tan ridícula al recordarlo!

Al menos, en la película, Colin Firth se iba a pasar una temporada a Francia, donde conocía a la portuguesa que se convertiría en el amor de su vida.

Ay...

En la vida real, Abi terminaba en un apartamento viejo y feo, sola, en paro, llorosa y gorda.

Hundió la cuchara sopera en la tarrina de helado y comenzó a raspar con ella las paredes del recipiente con ansiedad, tratando de extraer algo de su derretido contenido, pero no tuvo suerte. Recordó que ya había repetido esa operación varias veces hasta dejar la tarrina limpia. Incluso había lamido el plástico.

Levantó la manta y su mirada vidriosa se dirigió hacia su tripa, que se podía apreciar perfectamente a través de la tela de franela del pijama. Allí dentro estaba el medio kilo de helado que había consumido ese día. Y el medio kilo del día anterior, y el del miércoles y el del martes... Se llevó una mano al estómago y hundió los dedos en él. Estaba blando y fofo. Deslizó las dos manos hasta sus muslos y terminó cogiéndose un pellizco de carne de cada uno.

Horrible.

Estaba a punto de echarse a llorar de nuevo y de hundirse en la auto-compasión cuando el estridente sonido del timbre de la puerta la obligó a levantar la cabeza.

Se quedó callada, con el corazón latiéndole a toda prisa por la sorpresa. ¿Quién podía ser? Nadie conocía su nueva dirección, solo su hermana Tina.

Quizá era alguien que se había equivocado de piso.

De nuevo sonó el timbre, esa vez con mezquina insistencia.

Abi aguardó tan quieta y silenciosa como un muerto. La película estaba en pausa, por lo que ni siquiera la tele emitía sonido alguno.

«Seas quien seas, lárgate y déjame tranquila.»

De repente el ruido de una llave en la cerradura le provocó un enorme sobresalto. ¿Alguien tenía la llave de su piso y la estaba usando para entrar? ¡Imposible! Solo Tina tenía otra copia, pero no podía estar al otro lado de la puerta, porque los sábados trabajaba. Además, habían hablado la noche anterior y no le había dicho que fuera a acudir a visitarla.

¿Y si era un ladrón?

¡Pero un ladrón no tendría las llaves!

Con el estómago encogido, vio cómo la puerta se abría y una cabeza de pelo rubio y rizado asomaba por ella.

El aire que había mantenido preso en los pulmones escapó lentamente al reconocer a Mar.

Durante unos segundos se sostuvieron la mirada.

—No me lo puedo creer —dijo Mar accediendo al interior del minúsculo apartamento y recorriéndolo con la vista de un extremo a otro.

Abi la contempló con una mueca. Todavía estaba demasiado sorprendida para reaccionar. ¿Por qué tenía Mar una copia de sus llaves?

—¿Estás bien, Abi?

La pregunta llena de preocupación la formuló Sonia, su otra amiga, que apareció detrás de Mar.

No podía haber dos personas más dispares que Mar y Sonia. Mar era el hielo y el pragmatismo, resolutiva hasta la médula. Y Sonia era pura calidez e idealismo, una soñadora de manual. Era curioso que ambas pudieran llevarse tan bien cuando no tenían nada en común.

Bueno, sí que tenían algo en común: Abigail.

Abi era el nexo de conexión entre ambas. Amiga desde la infancia de Sonia, conoció a Mar en la universidad y fue ella la encargada de presentarlas. Desde hacía años formaban un trío inseparable.

Ahora las otras dos componentes del trío accedían al piso y lo ojeaban con diferentes grados de disgusto. La cara de Mar permanecía impertérrita, mientras que Sonia parecía horrorizada.

Abi trató de ver el apartamento a través de los ojos de sus amigas.

Envoltorios de comida para llevar cubrían la mesa, el sillón y parte del suelo. Un par de botellas de cerveza vacías los acompañaban. Había también ropa en cada hueco o superficie que pudiese alcanzar la vista, chaquetas, pantalones, bragas, sujetadores... y unas zapatillas deportivas que reposaban sobre la encimera de la cocina junto a vasos y platos sin fregar. Varios cajones de la estantería estaban abiertos y de uno de ellos sobresalían unos cuantos cables que arrastraban por el suelo. Y también seis tarrinas de helado de vainilla vacías, cinco paquetes también vacíos de Pringles Sour Cream & Onion y dos bolsas arrugadas de Doritos se amontonaban sobre el sofá, justo al lado del bulto deforme, cubierto por una manta infantil de la Sirenita, que era ella misma.

—¿Cuánto tiempo hace que no te duchas? —preguntó Mar con voz impersonal mientras se dirigía a la única ventana del salón y descorría las cortinas con ímpetu.

La claridad del día entró en el apartamento y Abi se cubrió la cabeza con la manta. No quería ver la luz del sol, y mucho menos que sus amigas se percatasen del aspecto que tenía.

A través de un agujerito en la tela pudo observar que Sonia comenzaba a recoger la habitación, llevándose todos los envoltorios y las botellas vacías a la cocina. Mar, después de abrir la ventana, se situó frente a ella, imponente e indestructible, y se cruzó de brazos.

Abi sabía que llevaba las de perder. No obstante, siguió anclada en su terquedad y no se movió. Allí, dentro de su manta, se sentía a salvo..., aunque —y se dio cuenta al coger aire profundamente— no olía demasiado bien. ¿Cuánto hacía que no se duchaba? ¿Seis días? ¿Siete?

—Suelta la manta —oyó que decía la inflexible Mar.

—No —farfulló.

—Si no la sueltas, te prometo que te tiro un vaso de agua por encima y, cuando estés empapada, seguro que lo haces.

Mar, siempre tan cruel...

Abi sabía que no era una amenaza vacía. Si lo decía, lo haría.

Con mucha lentitud dejó que la tela resbalara hasta que su cabeza quedó al descubierto.

—¡Joder! —masculló Mar—. Pareces una víctima de un terremoto. Menuda pinta tienes.

—¿Cuántos días llevas encerrada? —preguntó Sonia, que se había detenido con los brazos llenos de ropa sucia y la miraba con compasión.

Abi no contestó. Extravió la vista sobre un punto lejano de la pared.

—¿Por qué tenéis mis llaves? —terminó por preguntar con un hilo de voz.

—Tu hermana me llamó anoche. Está muy preocupada por ti, así que esta mañana he quedado con ella para que me las diera.

—¿Mi hermana está preocupada? —La garganta de Abi se estrechó. Tina no le había dicho nada de eso.

—¿Cómo no va a estarlo, si llevas semanas sin dar señales de vida y cuando conseguimos hablar contigo por teléfono solo eres capaz de pronunciar monosílabos tristes? —repuso Mar con exasperación.

Era una chica alta y delgada, con el pelo rubio muy rizado, que siempre vestía con pulcritud y elegancia. No era excesivamente guapa, pero sabía sacarle partido a su piel marfileña y a sus ojos claros, y jamás le faltaban pretendientes.

Y era un ogro.

En vista de que Abi no reaccionaba, continuó hablando.

—Te has convertido en un puñetero cliché, Abi. Eres como una caricatura. En pleno mes de mayo, envuelta en una manta de la Sirenita, comiendo helado sin parar, viendo *Love Actually* por enésima vez y llorando a moco tendido. ¡Joder! Deberías estar contenta de haberte librado del señor Perfecto. Era un cabronazo de primera. ¡Llevaba años poniéndote los cuernos!

—¡No es verdad! —exclamó ella dejando caer la manta y mostrándose en todo su esplendor de pijama de franela.

—Sí lo es. No hay más ciego que el que no quiere ver.

—Mar, no seas tan dura con ella —intervino Sonia tratando de mediar.

—¡¿Qué?! ¿Que no sea tan dura con ella? —repuso esta indignada—. Lo que somos es muy blandas. Dime tú si es normal que por un hijo de puta semejante se haya dejado de esta manera. ¡Que ha perdido hasta su trabajo!

—Fue por un recorte de personal —murmuró Abi con debilidad. Luego giró la cara y clavó la vista en la pantalla del televisor. Colin la miraba con esa expresión de sorpresa y desencanto tan conmovedora...

—¿No vas a decir nada más? —la increpó Mar—. ¿En serio vas a guardar silencio y te vas a quedar ahí como una imbécil?

—¡Mar! —la amonestó Sonia, que había vuelto a la cocina.

Abi sintió cómo los ojos volvían a humedecersele.

—Tía, no me llores, que me pongo mal de verte así —gruñó Mar.

Pero, a pesar del gruñido, tomó asiento a su lado y tiró de la manta hasta que esta cayó a un lado. Acto seguido le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Escúchame bien lo que te voy a decir, Abi. —Habló con sosiego pero con mucha firmeza—. Estabas tan loca por Nico que cerrabas los ojos a sus líos. Tú sabías que él no te era fiel. No lo niegues. ¿Cuántas veces lo hemos hablado? Sospechabas que algo no iba bien desde hacía más de dos años. Cuando pienso en toda la paciencia que has tenido mientras él estaba por ahí «volando»... —dijo haciendo unas comillas con los dedos en el aire.

Abi negó con la cabeza, rechazando lo evidente con tozudez, pero en su fuero interno sabía que Mar tenía razón. Había visto tantos comportamientos extraños en Nico durante los últimos años..., pero él siempre tenía una respuesta, una excusa o explicación que, aunque no eran muy convincentes, a ella le resultaban suficientes.

Quiso creer que él seguía queriéndola.

Era mejor eso que perderlo.

—¿Qué querías? ¿Continuar aguantando toda la vida sus cuernos? ¿Te ibas a casar con él y a seguir soportando sus mentiras para siempre? ¿Eso te habría hecho feliz? De verdad que no te entiendo. —Resopló—. Creo que lo mejor que te ha podido pasar es que lo encontraras en la cama con la niñata esa.

Una lágrima silenciosa rodó por la mejilla de Abi. Y fue silenciosa porque se contuvo. Si sus amigas no estuvieran allí, habría roto a llorar con ganas.

Otra vez.

—Te quiero mucho, pero no voy a ser suave contigo porque creo que lo que necesitas es que alguien te ponga las pilas. Ya lloramos juntas el día en que te enteraste de todo. Sonia, Tina y yo estuvimos a tu lado y te compadecimos y te hicimos carantoñas cuando las necesitaste, pero ya

vale. Han pasado dos meses..., dos putos meses, y tu vida se está yendo al carajo un poco más cada día. Se acabó, Abigail.

Ella la miró de reojo. No solía llamarla por su nombre completo. Si lo hacía era porque las cosas iban muy en serio.

El día que pilló a Nico en la cama y se largó del piso aturdida, terminó en casa de Mar, que avisó a Tina y a Sonia y las puso al día de la tragedia. Entre las tres intentaron consolar a la destrozada Abi, que no paraba de llorar. Entre hipidos y lágrimas, les contó lo sucedido y se dejó mimar por ellas.

Tardó tres días en serenarse lo suficiente y atreverse a ir al piso de nuevo.

Nico no estaba, pero había dejado una nota en la mesa del salón con dos frases bastante escuetas:

Es mejor que lo dejemos. No volveré hasta el 24, recoge tus cosas mientras no estoy.

¿Cuatro años de relación se acababan así?

Abi no entendía nada.

—Es que no lo comprendo... —comenzó a balbucear ahora.

—Pues yo te lo explico —la cortó Mar—. Nico dejó de quererte hace tiempo, pero estaba contigo porque le resultaba cómodo. Contigo lo tenía todo hecho. Eras una mujercita ideal que siempre lo estaba esperando mientras él estaba fuera, y ni siquiera le ponías pegas cuando te mentía descaradamente. Joder, que lleva con la tía esa varios meses. Solo hay que ver sus fotos en las redes sociales.

—¿Có-cómo?

—Como estás aquí, ahogándote en tus propias lágrimas, no te enteras de nada —replicó Mar—, pero no para de publicar fotos con la niña esa en Instagram: que si viajesitos por aquí, fiestas por allá, y todo aderezado con muchos besos y muchos arrumacos ridículos. Ella tiene diecinueve años y es una jodida *instagrammer* de esas con cientos de miles de seguidores que parece que lo comparte todo, hasta cuando va al baño y caga, joder. Hace solo un par de semanas anunciaron su compromiso por todo lo alto. El imbécil le ha regalado un anillo que debe de haberle costado lo mismo que un coche de gama alta.

¿Diecinueve años?

Nico casi le doblaba la edad. Tenía treinta y cinco.

Abi ya había sospechado que aquella chica era muy joven.

¿Y un anillo?

A ella no le había regalado ninguno.

Sonia hizo acto de presencia en ese momento con un cepillo y un recogedor en la mano. Había conseguido limpiar casi toda la basura que había desperdigada por el salón.

—Mar es muy contundente y le falta tacto, pero tiene razón —dijo con suavidad—. Ese hombre no se merece que llores por él. Es un desalmado.

—Un hijo de puta es lo que es —soltó Mar entre dientes.

Abi cerró los ojos. Le dolían de tanto llorar. Sabía que sus amigas tenían razón. Lo sabía. No obstante, era difícil aceptar que durante cuatro años había vivido una mentira. Cuatro años de su vida desperdiciados.

—¿Vas a seguir lamentándote por un tío así? ¿Un tío que le dijo a su amante que estabas gorda? —continuó Mar—. ¿Un tío que, cuando lo pillaste poniéndote los cuernos, en vez de avergonzarse te dijo que te esperaras, que todavía no se había corrido? Arggg... ¡Es que no puedo! —exclamó consternada. Y se levantó precipitadamente, dejándola sola de nuevo en el sofá.

Abi apretó los puños al recordarlo. La cara de la chica esa con sus jodidas y perfectas cejas arqueadas mientras de su boca salían esas palabras: «Pues tampoco está tan gorda como decías».

Era cierto que tenía algo de sobrepeso. Quizá le sobraban unos kilos, pero ¿gorda? Nunca había pensado de sí misma que lo estuviera. Rellenita a lo sumo. Además, a Nico le gustaban sus curvas. Siempre se lo decía. Pero, claro, eso también era mentira.

Le tembló la barbilla al imaginarse cómo debían de haberse reído juntos mientras hablaban de ella y se burlaban de su aspecto físico.

—No estoy tan gorda —murmuró con voz lastimera.

—No lo estás. Tienes curvas y punto —dijo Mar con sequedad—. Aunque si sigues comiendo helado a esa velocidad y sin moverte, es probable que dentro de unos meses parezcas un tonel.

Los ojos de Abi descendieron hasta su tripa como ya habían hecho

antes. Mar tenía razón. Si seguía así pronto no le valdría nada de lo que tenía colgado en el armario.

—Tienes que coger las riendas de tu vida otra vez, Abi. Necesitas salir de aquí y conseguir un nuevo trabajo. Tus ahorros no te van a durar para siempre. —Nada más decir eso, Mar se volvió hacia Sonia—. Mira a ver si tiene algo de ropa limpia que no sea ese pijama asqueroso. Dame el cepillo y sigo barriendo yo.

Abi siguió a Sonia con la vista mientras esta desaparecía en su dormitorio. No protestó. Se limitó a dejar que ambas decidieran por ella.

—Te vas a dar una ducha y te vas a lavar el pelo porque hueles mal. Y, luego, vas a bajar con nosotras a la cafetería que hay abajo a comer algo decente.

—¿No podemos pedir comida y comer aquí? Es que estoy... Todavía... no me siento preparada. —No continuó. Solo pensar que tenía que salir a la calle le provocaba sudores. No estaba lista para enfrentarse al mundo. Todavía no.

Mar dejó el cepillo apoyado contra la pared y se sacó el móvil del bolsillo. Trasteó con el aparato hasta que encontró lo que estaba buscando y, luego, se acercó a ella y le puso el teléfono bajo la nariz.

Era una foto de Nico y la chica esa. Estaban en la playa. Él la abrazaba por detrás y ambos sonreían. Él tenía una expresión de estúpida felicidad en la cara que tiraba para atrás. Ella tenía la mano levantada mostrando el extraordinario pedrusco que centelleaba en su dedo anular. Llevaba un bikini diminuto de la talla XS de color rojo cuya parte inferior apenas podía cubrir su depilado pubis.

Abi tragó saliva y su corazón se encogió de dolor, pero no apartó la vista.

—¿No estás preparada? —habló Mar entre dientes—. Ellos sí lo están. Míralos. Están muy preparados y son muy felices. Están viviendo una historia de amor maravillosa mientras tú estás aquí, hundida y echada a perder. —Chasqueó la lengua y se guardó el móvil—. No quiero volver a oírte decir que no estás preparada. El movimiento se demuestra andando, así que vamos a andar. Has tenido dos meses para lloriquear, pero ya se acabó. Sonia y yo estamos aquí para echarte un cable, así que haz el favor de poner de tu puñetera parte.

Aunque parecía ser una mujer dura y sin corazón, Abi sabía que Mar la adoraba y que solo quería ayudarla.

Con vacilación se incorporó y se llevó las manos a la cabeza para apartarse el pelo de la cara.

—Tienes un aspecto que da asco.

Miró a Mar cabizbaja.

—Pero nada que una buena ducha, un poco de aire fresco y el sol no puedan arreglar —añadió su amiga con energía, acercándose a ella y tomándola del brazo.

Sonia apareció con un pantalón de deporte y una camiseta blanca en la mano.

—Necesitas organizar tu armario, todavía tienes casi toda tu ropa en cajas, pero creo que esto puede servirte de momento —dijo alzando las prendas en el aire. Junto al pantalón y la camiseta llevaba un sujetador y unas bragas blancas.

Las bragas eran enormes si las comparaba con el tanga de la *influencer*. La imagen de aquella prenda de ropa de encaje negro tan diminuta volvió a sobrevolar por su cabeza.

—En el tanga de la tía esa no cabía un culo normal, os lo aseguro —susurró al tiempo que negaba con la cabeza.

La risa estentórea de Mar rompió el silencio del apartamento. A ella se unió la de Sonia poco después. Abi miró a una y a otra alternativamente con los ojos muy abiertos.

—Me habría gustado verle la cara a la tipa cuando se lo quemaste —balbuceó Sonia entre carcajada y carcajada.

—La tenía llena de chocolate —musitó Abi, sin ser consciente de lo que esa frase iba a provocar en ambas.

Más risas.

Al ver a sus amigas sacudidas por ese ataque de hilaridad, Abigail no pudo evitar sonreír con tibieza. Todavía no era capaz de reírse de la situación como hacían ellas, pero reconocía que la escena tenía gracia.

—Venga, date una ducha y arréglate un poco —la alentó Sonia al cabo de unos segundos cuando los ánimos ya se habían calmado un poco.

Abi asintió sin tanta reticencia como había mostrado antes. En reali-

dad, había necesitado que alguien fuera a su casa y le sacara la cabeza del agujero donde la tenía metida.

—En cuanto estés un poco más recuperada, te vamos a mandar a Francia para que encuentres a un portugués que se convierta en el amor de tu vida —dijo Mar con socarronería haciendo un gesto hacia la pantalla de la televisión.

Colin seguía ahí, estático, mirándolas.

Abi lo contempló unos instantes.

«Hasta luego, Colin, y gracias por acompañarme todos estos días», se despidió de él en silencio.

Luego extendió la mano, cogió el mando y pulsó el *stop*.

Colin desapareció.